

Las crónicas de Narnia: *El príncipe Caspian*
**Narnia crece,
y los problemas también**

Ernesto Pérez Morán*



Tras el éxito de Las crónicas de Narnia: El león, la bruja y el armario, los estudios Disney han decidido continuar la saga basada en las novelas del escritor irlandés C. S. Lewis. La poco disimulada adscripción filocristiana de los libros, el fascinante y adaptable universo mágico de Narnia y el filón de la taquilla han sido los motivos principales para seguir explotando unos relatos originales de corte infantil. Las películas conceden la mayoría de edad a esta obra con el fin de aproximarse al espectador adolescente.

Peter, Susan, Edmund y Lucy son los hermanos Pevensie, que un buen día encuentran, oculta en un armario, la puerta que da a un lugar maravilloso llamado Narnia. Allí se convierten, por arte de la Providencia, en los elegidos para liberar a sus habitantes de las fuerzas maléficas. En el bando de los narnianos hay una miríada de seres fantásticos, con el león Aslan a la cabeza. Una vez conseguido lo que se les había encomendado, los cuatro hermanos son coronados reyes y gobiernan con pulso firme y justicia infinita durante décadas. Hasta que son obligados a volver a la anodina existencia de su mundo. Ése es el pistoletazo de salida de la serie y un resumen de lo que ocurre en *El león, la bruja y el armario*.

La segunda de las piezas se titula *El príncipe Caspian* y alude al legítimo heredero del trono de Narnia, que ha sido desposeído de él por su padrastro, el malvado Miraz. Tras siglos de dominio dinástico de los Caspian, él ha logrado hacerse con el poder y busca al joven con intenciones asesinas. La pregunta se antoja evidente: pero ¿no eran los Pevensie los monarcas? Sí y no. En aquel momento lo fueron, aunque mil años después, los Caspian, de la raza de los telmarinos —que en realidad son humanos—, habían sojuzgado a los narnianos nativos bajo un sistema tiránico.

Y si los hermanos vieron nacer el primer año del calendario en Narnia, en esta entrega llegan al mismo enclave cuando ha transcurrido un milenio para ayudar a Caspian a recuperar lo que es suyo. El sitio al que arriban ha cambiado notablemente: las criaturas parlantes de antaño se han transmutado en animales salvajes y apenas emiten gruñidos; igual ha ocurrido con los hiperactivos árboles y el trasunto del mismísimo Dios... Aslan no da señales de vida. Se han transformado en leyendas, más o menos creídas en un mundo sometido por la ciencia y el miedo de los paranoicos telmarinos, quienes consideran ilusiones sin fundamento los «viejos tiempos de Narnia». Cobijados en sus palacios y profanando las catedrales, reniegan de la fe y modifican la historia, acomodándola a sus propósitos. ¿A qué suena todo esto? Pues suena a una crítica de C. S. Lewis a los estamentos laicos



de la época, ahí es nada. La retomaremos más tarde.

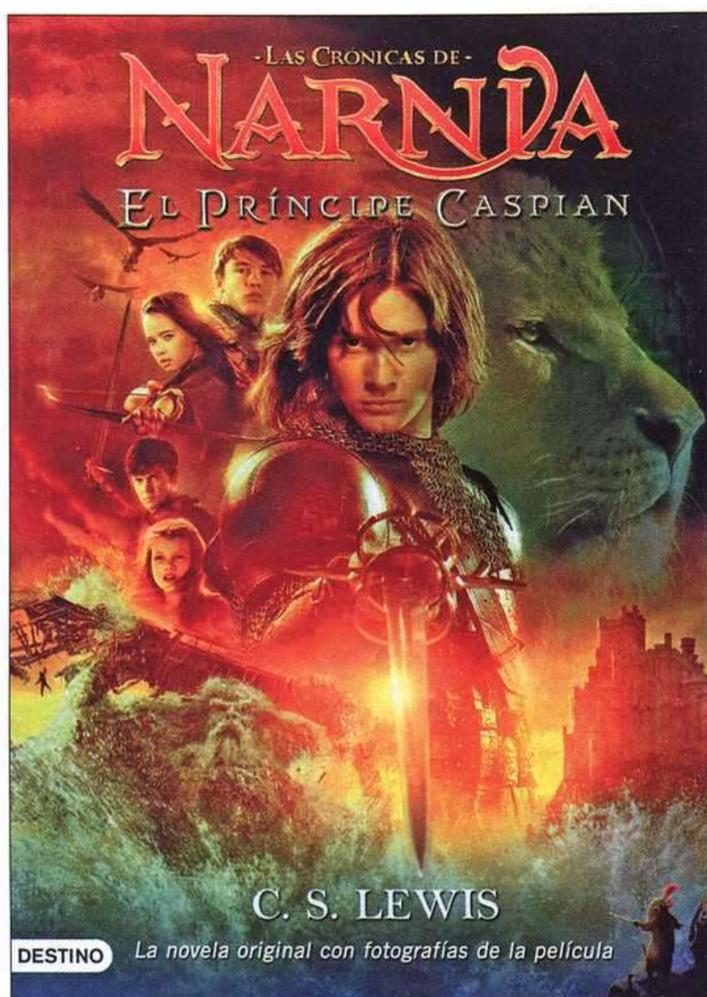
Antes hay que solventar alguna dificultad, ya que el primer equívoco con el que se puede topar el lector no iniciado en la serie de siete libros Las crónicas de Narnia es el orden en que debe leerlas. Por un lado, está el de publicación: *El león, la bruja y el armario* (1950), *El príncipe Caspian* (1951), *La travesía del viajero del alba* (1952), *La silla de plata* (1953), *El caballo y el muchacho* (1954), *El sobrino del mago* (1955) y *La última batalla* (1956). Ésta es la secuencia originariamente diseñada por el autor y la que se ha seguido a la hora de planificar los sucesivos estrenos cinematográficos. Pero en 1957, como comentábamos en el artículo sobre la película inaugural (marzo, 2006), Lewis recibió la carta de un joven e incondicional lector que le sugería si no era mejor abordar las novelas siguiendo la propia cronología de Narnia, escenario de las narraciones. Contestó afirmativamente a la misiva y la mayoría de las editoriales de cada país optaron por ese orden: *El sobrino del mago* (1900 en el

mundo real/Año 1 de Narnia), *El león, la bruja y el armario* (1940 en el mundo real/ Año 1000 de Narnia), *El caballo y el muchacho* (1940 en el mundo real/ Año 1014 de Narnia), *El príncipe Caspian* (1941 en el mundo real/Año 2303 de Narnia), *La travesía del viajero del alba* (1942 en el mundo real/Año 2306 de Narnia), *La silla de plata* (1942 en el mundo real/Año 2356 de Narnia) y *La última batalla* (1949 en el mundo real/ Año 2556 de Narnia).

Cronología de una misión

Incluir este galimatías tiene razones de peso. La primera, que esa distinción de fechas entre la realidad y la fantasía remarca la frontera entre ambas, lo que sirve de lanzadera a las posibles lecturas de sentido —sobre las que luego volveremos— y a la construcción de los personajes, pues los protagonistas van a tener que enfrentarse a un dilema peliagudo en esta novela.

Tras haber sido soberanos, alcanzando la madurez allí, regresarán a su existen-



cia cotidiana convertidos de nuevo en críos, como si el tiempo no hubiera pasado. Pero no hay pérdida de memoria al igual que en otros textos análogos. Ahora, en el arranque de *El príncipe Caspian*, vuelven a ser colegiales, con los problemas de identidad que ello les ocasiona. Por eso, añoran aún la seductora Narnia, donde el destino les reserva una tarea más trascendente.

Esa aura redentora va a gravitar sobre un discurso abiertamente pío que halla en el calendario alternativo su declaración explícita. Como señalábamos en el artículo anterior, la explicación de la obra de Lewis en clave religiosa arroja luz en torno a ella. El sacrificio y la resurrección de Aslan, al final de *El león, la bruja y el armario*, dejaban muy clara la orientación de la serie. En la segunda parte, Aslan retorna para salvar la vieja Narnia y se dedica a realizar milagros en las últimas páginas. Aunque su aportación «teológica» central aparece en el desenlace, cuando los telmarinos son conminados por este Jesucristo figurado a regresar adonde pertenecen. Que no es otro mundo que el nuestro, del que provienen también los cuatro protagonistas, así que no resulta difícil ver a Narnia como un cielo, una tierra

prometida de la que ellos serán desterrados una y otra vez; modernos Moisés a quienes se les niega el ingreso a pesar de haber conducido allí a su «pueblo».

No nos resistimos a entresacar la frase lapidaria de Aslan al describir el universo real como «un buen lugar para comenzar de nuevo» mientras bendice —ungiendo los de «fortuna» con su aliento— a los que se prestan a emprender el viaje. El conformismo que rezuma la afirmación y el determinismo del gesto esconden mensajes que apoyan demasiados sacerdotes desde sus púlpitos...

Y el tercer motivo para atender a la diferencia de fechas es que manifiesta unas alteraciones temporales con suficiente atractivo. Al principio del segundo libro, Peter, Susan, Edmund y Lucy llegan a Cair Paravel, otrora su palacio, y lo encuentran totalmente derruido. Durante varios capítulos rastrean las huellas de su estancia siglos atrás, cuando ellos tenían apenas un año menos que entonces. La sucesión de paradojas dota de dinamismo un relato que se recrea en la travesía que emprenden los cuatro en busca del fugitivo Caspian. Todo lo dicho conforma una estructura en paralelo, rota en el momento en que el monarca en ciernes se tropieza con los

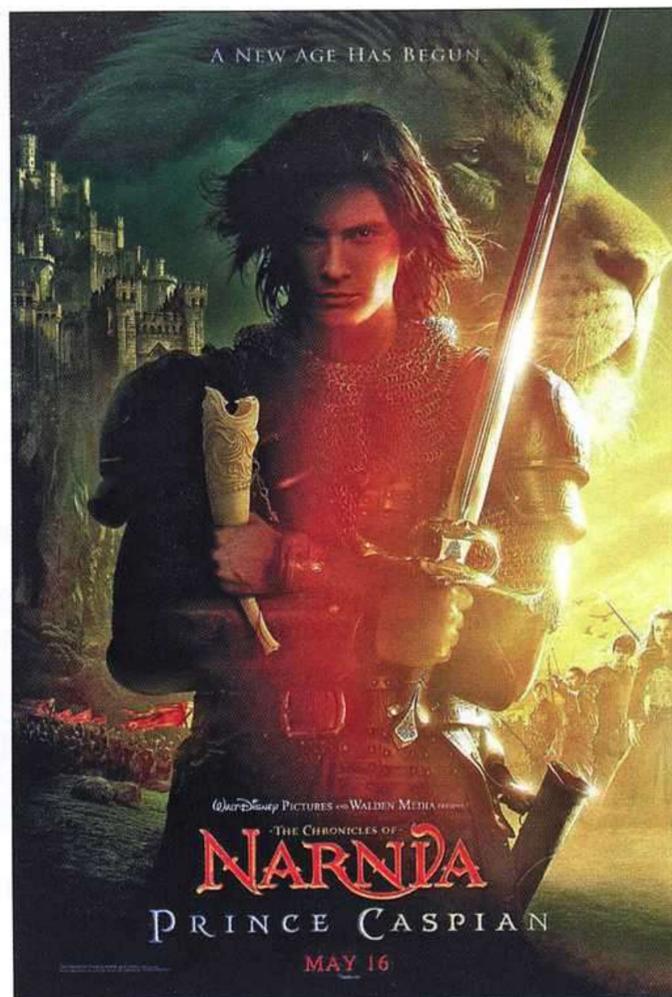
hermanos y juntos combaten venturosos —gracias a la ayuda «divina» de Aslan— al pérfido Miraz.

Creer a golpe de contrapicados

La impresión que a estas alturas se podría sacar de las novelas de Lewis es la de un conjunto dirigido a un público mayor que los niños a los que está destinada. Si eliminamos la hermenéutica, emerge la prosa infantil y la adecuación a los mecanismos comprensivos de los más pequeños. Poca épica y mucha fábula, lo que sitúa a Las crónicas de Narnia por debajo de Harry Potter y más aún de *El señor de los anillos*, pese a la amistad que unía a Tolkien y Lewis.

Y este aspecto es lo primero que pulveriza la adaptación a cargo de la Disney. El prólogo quiebra la estructura original y da cuenta de la huida nocturna de Caspian hasta que, desesperado, toca el cuerno que invoca a los antiguos reyes (y que rompe la costumbre de que los llamados sean precisamente los seres mágicos).

La siguiente secuencia narra la conflictiva vida de éstos en el Londres de



1941 y cómo son literalmente empujados a Narnia desde una estación de tren. Aquí, las conexiones con Rowling adquieren relevancia. Aparte de la alteración que supone no presentar el universo real al principio, son reveladoras las similitudes que se manifiestan en el escenario: ambos saltos de un lugar a otro se producen en andenes.

¿Copia? Todo parece indicar que sí, pero a la contra de lo que sería imaginable. De hecho, en varias entrevistas, la propia Rowling admitía que ese episodio le dio la idea para establecer el puente necesario por el que Potter y compañía

abandonaban el mundo *muggle* en pos de insólitas aventuras.

Al margen de estas filiaciones, *El príncipe Caspian* resalta los elementos épicos desde el principio: interminables ralentis, ángulos contrapicados (la cámara se coloca por debajo de la altura de los ojos de los personajes) de cariz grandilocuente, subrayados musicales, planos aéreos y énfasis en el dramatismo de unas situaciones que en el texto se revisitan de un desenfado pueril.

La Disney y Andrew Adamson, responsable de los dos primeros filmes de Shrek y de *Las crónicas de Narnia: El*

león, la bruja y el armario, juegan la baza del heroísmo, conscientes de que ese barniz puede acercar la película a públicos mayores, lo que a su vez amplía las posibilidades de recaudar más dinero...

Esta obsesión comercial provoca la adición de pasajes que describen las intrigas palaciegas de Miraz y sus secueces —lo que modifica el «montaje» paralelo de la fuente literaria en un triple relato simultáneo— y de una batalla completa en su castillo, sin otro propósito que insuflar acción y falso ritmo a un largometraje estirado hasta el hartazgo. Se adelanta el encuentro de Caspian

VISITE NUESTRA PÁGINA WEB

Favoritos

Historial

Buscar



www.revistacli.com

- ▶ Consulte los sumarios de cada mes.
- ▶ Las ofertas de monográficos y números atrasados.
- ▶ El Índice 17 años de **CLIJ** en CD (con una *demo* de prueba).
- ▶ Las tarifas de publicidad.
- ▶ Las condiciones de suscripción.



con los hermanos y se añade un inverosímil enfrentamiento entre aquél y Miraz en los aposentos del segundo, así como un impostado «morreo» adolescente de Lucy y Caspian en el epílogo, se supone que para satisfacer las ansias románticas de un espectador tratado con bastante poco respeto.

Hay que citar otros datos anecdóticos a manera de cláusula de cierre: la recreación digital de criaturas tan cautivadoras como los poderosos centauros o los imponentes minotauros; y el reparto internacional, pues los protagonistas, que repiten con respecto a la primera, están acompañados por el emergente actor inglés Ben Barnes, el italiano y también director Sergio Castellitto, el mexicano Damián Alcázar o la española Alicia Borrachero.

A la moral por los *travellings*

La retórica exaltadora y las formas rimbombantes dominan un conjunto que, como toda articulación de imágenes, traslada mensajes. Por un lado, la teología «de vía estrecha» contenida en la novela se transmite y culmina aquí en dos instantes de la batalla final: la tierra se derrumba bajo las tropas de Miraz al cargar contra los narnianos, y una riada de proporciones bíblicas se lleva por delante a los «malos».

Además, dos escenas y sendas frases contenidas en ellas abren el camino a interpretaciones menos oscurantistas. Sin embargo, lo solapado de las mismas hace que puedan estar «cogidas con pinzas».

La primera es aquella en la que Miraz culpa a los narnianos de la desaparición de Caspian, y asegura que acabará con éstos «aunque para ello tenga que destruir todo el bosque (donde viven las víctimas). Afán de controlar y búsqueda

de una amenaza exterior, que remiten a 1984 de George Orwell y sus clarividentes tesis políticas... Poco después, el heroico enano Trumpkin habla del silencio en el que han caído las bestias que pueblan ese cosmos: «Cuando te tratan como si fueses un animal, te conviertes en eso». Si contraponemos los modos de actuar de los distintos personajes en liza, podría verse en el primer caso un reflejo de la demoledora acción que Estados Unidos lleva a cabo contra países «hostiles», mientras que la sentencia de Trumpkin es una síntesis perfecta, y políticamente incorrecta, de muchos movimientos insurgentes tachados de terroristas por el hecho de combatir regímenes autoritarios...

Parezca o no sólida esta particular visión, lo cierto es que *Las crónicas de Narnia: El príncipe Caspian* es un nuevo bastión en la enorme maquinaria ideológica neoliberal, otro vehículo de adoctrinamiento de masas. Y quien utiliza el eufemismo de «entretenimiento» para defender este tipo de cintas, que aniquilan la heterogeneidad necesaria en las salas de exhibición, no hace otra cosa que ser cómplice de este desastre antropológico que vive hoy en día la civilización moderna. ■

*Ernesto Pérez Morán es crítico de cine.

Ficha técnica

Las crónicas de Narnia. El príncipe Caspian, de C. S. Lewis.
Trad. de Gemma Gallart. Il. de Pauline Baynes. Barcelona: Destino, 2008. (El libro incluye fotos de la película).

Versión cinematográfica

Las crónicas de Narnia: El príncipe Caspian

Dir: Andrew Adamson. Prod: Walt Disney Pictures (Estados Unidos y Gran Bretaña, 2008). Guion: Andrew Adamson, Christopher Markus y Stephen McFeely, basado en la novela homónima de C. S. Lewis.
Intérpretes: Georgie Henley (Lucy), Skandar Keynes (Edmund), William Moseley (Peter), Anna Popplewell (Susan), Ben Barnes (príncipe Caspian), Peter Dinklage (Trumpkin), Pierfrancesco Favino (lord Glozelle), Sergio Castellitto (rey Miraz), Damián Alcázar (lord Sopespian), Alicia Borrachero (reina Prunaprisma).